

## CAPITULO L.

## Donde se acaba la paciencia del almirante.



LEGÓ á Sevilla Jimeno de Briviesca, al mismo tiempo que Colon, é iba plenamente autorizado por el obispo para aplazar la marcha del almirante, para irritarle y obligarle á alguna resolucion desesperada que le desprestigiase por completo.

Su primera entrevista con el tesorero le hizo formar de él una idea muy distinta de lo que era su carácter en realidad.

—Inmensa es mi fortuna, dijo á Colon, porque puedo acercarme al gran hombre, al marino á quien la Europa entera aclama por sus triunfos, y de quien yo me complazco en ser humilde criado.

Estaba tan poco acostumbrado Colon á recibir homenajes de aquella especie, sobre todo de los empleados que se hallaban al servicio del obispo Fonseca, y por otra parte le inspiró tanta confianza la fisonomía abierta y humilde de Jimeno, que tendiéndole la mano con verdadero afecto:

— Acepto vuestros servicios, le dijo, con la condicion de que me ayudeis á evitar las muchas dificultades que se oponen á mi marcha, porque he sufrido mucho y ya me falta resignacion para soportar tantas dilaciones.

— Por mi parte, dijo Briviesca, os facilitaré los medios de partir. Desgraciadamente los recursos son escasos, y hay que luchar con grandes dificultades. Las que haya no procederán de mí.

Creyó Colon sus palabras de buena fe, y desde el dia siguiente comenzó á sufrir.

— Contamos con un buque, le dijo Briviesca. Cuesta muy caro pero es bueno.

Un dia despues le manifestó que el dueño de la embarcacion habia encontrado el apoyo de un alto personaje y se negaba á darlo.

Más de un mes trascurrió, durante el cual eran numerosas las dificultades que se oponian á los deseos de Colon.

Se presentaban algunos á reclamar el beneficio de la conmutacion de su pena, y á los dos ó tres dias optaban de nuevo por el castigo que sufrían, prefiriéndole á la aventurada empresa que iban á acometer.

Otras veces se volvian atrás los dueños de los buques, ó se noticiaba que las embarcaciones estaban en mal estado, y era necesario sustituirlas con otras.

Pero Briviesca se condolia de todas estas contrariedades delante de Colon, hasta el punto de tenerle engañado.

El tiempo pasaba, y no llegaba el dia de la partida.

Una noche llamó á las puertas de su vivienda una mujer, que manifestó grandes deseos de verle.

Dispuso el almirante que fuese conducida á su presencia, y no tardó en reconocerla.

Era Isabel Monteagudo; Isabel, que habia consagrado toda su vida á velar por el hombre á quien tantos sacrificios debia.

Despues de referirle todo lo que habia pasado:

— Solo he venido á Sevilla por veros, le dijo.

— Lo sé, por lo mismo he deseado esta entrevista. Estais siendo víctima del odio que os profesa el obispo Fonseca. No os ha perdonado las humillaciones que ha sufrido por causa vuestra; desea vuestra ruina, y los obstáculos que hallais á vuestros deseos son suscitados por él y sus agentes.

Isabel le refirió lo que habia hecho para poder enterarse de los proyectos de Fonseca, y le participó que Jimeno de Briviesca, era uno de sus más activos secuaces.

Para convencerle le dijo:

—Hasta ahora han hecho lo posible por impacientaros, mostrándose humildes al mismo tiempo, á fin de poderse presentar como víctimas de vuestra irritacion. Pero lo estéril de sus esfuerzos ha obligado al obispo Fonseca á aconsejar á Briviesca que emplee una nueva táctica. En lo sucesivo, lo mismo el tesorero que los demas agentes, llegarán hasta á faltarnos al respeto para ver si de este modo consiguen irritaros. Contened vuestra justa indignacion y confiad en mí. He logrado acercarme á uno de vuestros mayores enemigos, Juan de Aguado, y obtener su confianza. Con él he venido de incógnito á Sevilla para traer estas órdenes. No volveré á veros, pero fiad en mí.

Isabel partió y no tardó en confirmarse su anuncio.

Briviesca dejó de ver á Colon.

Le envió para tratar con él los empleados más inferiores, y éstos emplearon una conducta insolente y procaz con el gran hombre.

Colon mandó á Briviesca que se presentase á su vista.

Al tenerle delante le increpó por enviarle para darle noticias de lo que pasaba á personas tan soeces.

Jimeno se excusó, pero no cumplió las órdenes que le dió el almirante.

Por entónces se tuvo noticia en Sevilla de que habia llegado á Cádiz un buque genovés, y Colon supo que á bordo de él se hallaba un hombre de su mismo apellido.

Dió orden para que fuese á verle, y reconoció en él á un primo de su padre, hombre de edad, pero fuerte todavía, y como todos los de su familia, diestro en las cosas de la vida marítima.

Llamábase Antonio Colon, y el almirante, que deseaba tener personas adictas á su lado, le confirió desde luego el mando de una de las carabelas en donde debia partir.

Sufriendo con paciencia todas las vejaciones de que era objeto, y haciendo un estudio especial para que su resignacion, digna y severa, contrastase con las groserías de los servidores de Fonseca, logró á principios de Mayo reunir en el puerto de Sanlúcar de Barrameda seis embarcaciones, el número de tripulantes que necesitaba, un médico, un cirujano, un boticario, varios marineros y algunos músicos, con el objeto de que animaran la colonia, y se dispuso por fin á llevar á cabo la tercera expedicion, esperando que el triunfo compensaria los disgustos que la envidia y la mala fe le habian proporcionado.

Bien habia trabajado Jimeno de Briviesca para impedir este viaje.

Pero la voluntad decidida de la reina y la presencia de Colon habian superado aquellas dificultades, y al fin y al cabo llegó el momento de partir.

Todas las esperanzas de Briviesca quedaron defraudadas.

Sin embargo, aún le quedaba un medio de impedir el viaje del almirante.

Era un medio arriesgado, pero estaba seguro de que si salia bien, el obispo Fonseca haria un esfuerzo para realizar sus deseos ambiciosos.

La idea que concibió no era otra que la de provocar al almirante, á fin de que éste, irritado, le desafiase, y pudiera él atravesarle con su espada.

Arriesgada era la empresa, porque la mansedumbre de Colon no suponía en él falta de valor, sino sobra de prudencia, y sobre todo vivos deseos de no malograr sus planes.

A última hora se negó á concederle el pasaje de los mú-

sicos, pretextando que los servicios que iban á prestar eran superfluos y no compensaban los gastos.

A pesar de la grosería con que rebatió las razones del almirante, éste dispuso que los músicos se embarcaran, y Briviesca no tuvo más remedio que callar.

No por vanidad, sino por decoro, pidió Colon para su servicio cuatro pajes.

Briviesca calló, pero no cumplió sus órdenes.

Llegó por fin el día 30 de Mayo, señalado para la partida de los buques.

Colon, despues de escribir á los reyes y á sus queridos hijos, se dirigió á Sanlúcar de Barrameda, donde debía embarcarse y donde le esperaban los tripulantes.

Briviesca se habia anticipado para estar allí en el momento de la salida de las embarcaciones.

Colon visitó todos los buques, cinco de los cuales eran malas carabelas mercantes, y solo una, la que él debía ocupar, tenia cubierta.

La mayor parte de sus órdenes habian sido olvidadas ó desobedecidas.

En todo se veía la mala fe de los encargados de elegir sus embarcaciones.

La indignacion del almirante fué inmensa.

Faltábale resignacion para soportar vejaciones tan dignas de gente tan menguada.

Al embarcarse en su nave para dar la orden de partir, porque deseaba cuanto ántes alejarse de aquellos miserables que abusaban de su bondad, pasó revista à toda la gente que debía ir con él, y notó con sorpresa que no habia más que un paje à su servicio.

Ya no pudo resistir más.

Abandonando el buque llegó á la playa á tiempo que Ji-

meno de Briviesca con algunos otros empleados de la superintendencia iban á hacer el último esfuerzo para obedecer á su jefe.

—Iba á buscaros, dijo Colon al tesorero.

—Aquí me teneis, contestó éste con arrogancia.

—Habeis faltado por completo á mis órdenes. Los víveres son en su mayor parte de mala calidad; no están á bordo todas las personas alistadas para el viaje, y por último, dispuse que me proporcionais cuatro pajes, y habeis tenido por conveniente no darme más que uno.

—Basta y sobra, contestó Briviesca; y tened presente que demasiados sacrificios hace la nacion para que pidais golle-rías.

—Sois un miserable, exclamó el almirante, no pudiendo contenerse y dirigiendo una mirada amenazadora al agente del obispo Fonseca.

—Ved lo que hablais, que soy un caballero y no puedo consentir ultrajes de quien no es más que yo.

—¡Vos caballero! Decid más bien que sois un miserable ejecutor de las infames órdenes de mis enemigos; decid que sois un hombre indigno de alternar con personas honradas, y huid pronto de mi vista, si no quereis que os pisotee como á miserable culebra que se arrastra por el suelo.

—¿Vos á mí? dijo Briviesca. Defendeos, añadió, desenvainando la espada y aprovechando los momentos para realizar su infame desigmo.

Instantáneamente recobró Colon toda su energía, toda su fuerza, y sin dar tiempo á Briviesca para que se pusiese en guardia, cayó sobre él como un leon, le arrojó al suelo, le arrebató su espada, la arrojó léjos de sí y comenzó á pisotearle, miéntras todos los que acompañaban á Briviesca para ayudarle á asesinar á Colon, miraban atemorizados aquella escena sin atreverse á intervenir en ella.

Pero no tardó la piedad en sobreponerse á la ira, y dejándole abandonado y medio muerto:

—No merece un villano como vos, dijo, que malogre una empresa tan grande como la que voy á acometer. Pero vosotros que habeis presenciado este desahogo de mi indignacion, decid al obispo Fonseca, decid á todos mis adversarios, que estoy resuelto á castigarles del mismo modo que á este miserable si por medios infames y rastroeros tratan de desprestigiar mi nombre y de oponer obstáculos á mis proyectos.

Y volviendo á la embarcacion, mandó disparar el cañonazo de leva, y las seis embarcaciones entregaron sus velas al viento, que soplabá de un modo favorable.

Recogido Briviesca por sus amigos, fué conducido al lecho, donde no tardó en restablecerse.

No habia logrado sus designios, pero podia presentar el arrebató de Colon, como una prueba de su conducta tiránica en la colonia; por otra parte, era un empleado público, un agente de los reyes, y pensó que haciendo ver á los monarcas que Colon les habia ofendido en su persona, conseguiria su objeto.

Fonseca fué el primero que refirió á los reyes aquel suceso, lamentándose de que un hombre de la edad de Colon y de su importancia se hubiera rebajado hasta el punto de luchar brazo á brazo con un empleado de la colonia.

Mucho sintió la reina aquel suceso, y en la primera carta que enviaron los monarcas á Colon se lo dieron á entender.

Pero lo de ménos era esto.

Fonseca y los suyos, aprovechando aquel justo desahogo del hombre que tanto habia sufrido, redoblaron las calumnias contra él, y comenzó á prepararse la hoguera en donde habian de fraguarse las cadenas con que poco despues debia volver á España el que tanta gloria habia alcanzado para su patria adoptiva.

## CAPITULO LI.

### Descubrimiento de la Trinidad.



UNDADO en los conocimientos que habia adquirido, renunció Colon en su tercer viaje á tomar el rumbo que habia seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinoccial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendia más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que habia adquirido, dedujo que habia al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

Pensaba Colon con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaria en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta que de órden de la reina le habia escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que habia visitado, en busca de piedras y metales preciosos, el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artífice aseguraba á Colon que el oro, las piedras preciosas y las especias se hallaban particularmente en las